



Seix Barral

Enrique Planas

Chicas Bond

人生って

二度

ないわ

そう

思えるの

あなたの

の人生と

夢を叶える

の人生

なのよ



Chicas Bond

Enrique Planas

Chicas Bond

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La presente es una novela de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Chicas Bond

© 2022, Enrique Planas

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño

de Editorial Planeta Perú

Diagramación de interiores: Susana Tejada López

Ilustración de portada: *Kotoji rakugan*, de Suzuki Harunobu
(c. 1768-1770)

Fotografía de autor: Leslie Searles

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar

Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: octubre 2022

Tiraje: 700 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-67-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2022-07910

Impreso en Gráfica Esbelia Quijano S.R.L.

Jr. Recuay N.º 255, Urb. Chacra Colorada, Breña

Lima-Perú, octubre 2022

Si quiero inventar un pueblo ficticio, puedo darle un nombre inventado, tratarlo descaradamente como un objeto novelesco, (...) tomar de alguna parte del mundo un cierto número de rasgos (...) y con esos rasgos formar deliberadamente un sistema. A este sistema lo llamaré: el Japón.

ROLAND BARTHES, *EL IMPERIO DE LOS SIGNOS*

Cuando me veo sobre la pantalla en el papel de Bond me dan ganas de reír. Espero de todo corazón que no exista un tipo como él.

SEAN CONNERY

*Yo no quiero ser una chica Bond,
yo quiero ser James Bond.*

ANGELINA JOLIE

A papá, que siempre prefirió a Sean.

Primera parte: Michiko

El joven Saito agradece al recibir el juego de llaves. El señor Shiroma, guardián del estacionamiento, es un hombre honorable.

—Siento mucho lo que ha sucedido. Podría haber sido cualquiera de nosotros. Nos presionan mucho aquí, ¿sabe? —le dice.

De lejos, el auto parecía ignorarlo como lo hace un perro que espera fiel y quieto por su amo. Alguien había mandado a lavarlo, y el color plata brillaba sobre las líneas fluidas del deportivo. Destaba el seguro de la puerta derecha y, al instalarse frente al timón, experimenta una sensación extraña. Nunca antes había ocupado ese lugar.

Gira la llave del encendido y el auto protesta con una sacudida: su padre había dejado la palanca de cambios enganchada en la primera velocidad. Regresa al neutro y repite la operación. Escucha entonces la música pesada de válvulas transmitiendo cuatro litros de cilindrada, el mismo sonido que lo había acompañado desde la infancia, cuando lo llevaba en ese auto a ver los ciclos de películas de James Bond en el antiguo cine Shōchiku. De todas ellas, la que más le gustaba era *Octopussy*, decimotercera película de la saga y la sexta protagonizada por Roger Moore. Aún recuerda fragmentos de esa función: un espía disfrazado de payaso que sacrificaba su vida por un huevo Fabergé, un ejército de mujeres vestidas de seda, un agente secreto que lograba

desactivar en el último segundo el mecanismo de una bomba atómica. Su padre prefería los filmes en que el Aston Martin DB5 que ahora él conduce compartía protagonismo con el actor escocés Sean Connery, como en *Goldfinger* o *007 Thunderball daisakusen*. Ver con él aquellos viejos filmes, así como esperar cada dos años por una nueva película de la saga, era un acto de confidencial complicidad. Ya entonces su padre estaba enfermo, pero no lo sabía. Una precaria condición cardíaca puede llevarse por años inadvertidamente, hasta que estalle frente a un tablero de dibujo, haciéndolo precipitarse sobre una plancha de cartulina.

Esa mañana, en la clínica lo esperaba el señor Kazuo. El editor de su padre le contó que lo trajeron casi sin vida y que los médicos habían hecho un gran esfuerzo para estabilizarlo.

—Tu padre es resistente como la hierba mala —le dijo.

El joven Saito se sintió aliviado. No habría sabido cómo asumir la responsabilidad de un funeral. ¿Es tarea del hombre o de la mujer llamar a los parientes para anunciar una muerte? ¿Estaba obligado a cumplir un papel especial como único hijo? ¿Debía ser él quien consiguiera un traje elegante para vestirlo? Ya no estaba su madre para preguntarle qué dictaban las tradiciones. Un año antes, ella había subido a una escalera para limpiar las ventanas, pero trastabilló en el último giro —le había descrito su tía Noriko, que había apurado el viaje de Nagoya a Tokio para organizar el *sōshiki*—. Él no pudo asistir al entierro: estaba en una convención de *cosplay* fuera del país.

Tras el vidrio, el joven Saito observó la cama donde su padre intentaba respirar, conectado a diversos instrumentos, a medio camino de convertirse en un hombre mecánico. Hacía mucho tiempo que no lo veía dormir. En realidad, hacía mucho tiempo que no coincidía con él

desde que se divorció de su madre, poco después del estreno de *Utsukushiki emono-tachi*, séptima y última película de Roger Moore como Bond. El médico empezó a traducirles los claroscuros de una placa radiográfica, el mapa de tres continentes blancos: allá los pulmones, al centro el corazón envuelto en volutas de humo. Como suele hacer en los momentos bajo presión, acerca su mano derecha a su boca y muerde con fuerza la articulación del pulgar.

—Una hierba mala y resistente —repitió el señor Kazuo.

Era una de las pocas personas en quienes podía confiar. Aparentaba ser un oficinista asalariado con su traje oscuro y corbata delgada, pero en realidad era un guerrero corporativo forjado en años de posguerra. Se desempeñaba como editor, agente, asesor profesional y, sobre todo, prestamista de su padre. Cada lunes, ambos se reunían en su oficina para acordar la entrega semanal: los miércoles mostraba los bocetos a lápiz para su visto bueno y los viernes las páginas ya entintadas para la maquetación. Así había pasado su vida, semana tras semana, dibujando en los talleres de la editorial su famosa serie de espías. Aunque en los últimos tiempos había bajado en las encuestas, el señor Kazuo no quería levantar la historia de *supais* que llevaba publicando durante veinte años sin interrupción. Respetaba mucho su trayectoria para intentarlo, aunque le insistía que necesitaba un producto que lo ayudara a remontar los malos tiempos.

El joven Saito recordó el inicio de *007 Thunderball dai-sakusen*, cuarta entrega de la serie Bond protagonizada por Sean Connery. En ella, el agente secreto asistía a un extraño sepelio: un féretro ocupa el centro de la capilla mientras la viuda recibe las condolencias. Es ridículo, lo sabe, un ejemplo absurdo de humor inglés, que el espía asumiera que no había cuerpo en la caja y que la mujer de negro era su

archienemigo travestido para fingir su muerte, tras advertir que, al terminar el rito fúnebre, su objetivo había subido al auto sin esperar que algún hombre le abriera la puerta. Para su padre, eran esos detalles los que determinan al héroe. La definición de la personalidad de un *supai* no radica en el clímax de su gesta, sino en sus acciones más leves, los gestos mínimos exhibidos en las situaciones de peligro. Esquivar las balas es algo ordinario para un espía entrenado, pero James Bond es capaz de recordar abrir la puerta del auto a una dama con los perseguidores disparando a sus espaldas. A toda acción explosiva el agente secreto añadía otra sutil que revelaba su estilo.

El joven Saito deja de morderse el pulgar al darse cuenta de que había liberado un hilillo de sangre. Observa la huella de la mordida.

La editorial queda en el barrio de Toshima, al lado de una fábrica de fideos, por lo que grandes camiones de reparto suelen ocultar la estrecha fachada del edificio. Luego de saludar al señor Shiroma, evita el ascensor subiendo por las frías escaleras de aluminio hasta alcanzar el estudio del cuarto piso, donde una hilera de tableros de dibujo se enlaza a lo largo de la sala como eslabones de una cadena de montaje. Antes de llegar a la mesa de su padre, saluda a los aún asustados colegas. De niño le gustaba visitarlos porque solían regalarle bocetos de sus héroes. El señor Kagawa, por años asistente de Leiji Matsumoto, hacía retratos perfectos del Capitán Harlock, con su característica cicatriz cruzándole la mejilla izquierda. Hiro Sakuma, quien entintaba las líneas a lápiz de Ken Akamatsu, le regalaba siluetas de muchachas perfectas en faldas muy breves. Y Mori Oshiro, aún brazo derecho de Tetsuya Chiba, dejaba caer de su mesa dibujos ya pasados a tinta de samuráis cargando contra las

tropas del emperador, para que él los recogiera del suelo. Todos ellos eran compañeros de su padre, unidos por una amistad basada en el honor, el deber y la fuerza. Al joven Saito le gustaba verlos confraternizar, discutir, golpearse al saludar. Era como visitar un zoológico extraño y detenerse ante jaulas donde se exhiben hombres de otro tiempo. Pero él ya no es ese niño, y ellos lo reciben con cierta distancia, sin saber cómo tratarlo, evitando cualquier comentario sobre su actual apariencia.

—Es bueno saber que su padre está a salvo —comenta el señor Kagawa.

El joven Saito no sabe qué decir mientras busca los documentos del *mangaka* entre sus útiles de trabajo. En el tablero aún estaba fresco el charco de tinta que este había dejado al caer. Encontró una billetera sin peso y, dentro de ella, al lado de dos billetes doblados, un papel donde había apuntado una cita con el cardiólogo programada para esa misma tarde.

—Mi padre es una hierba mala y resistente —le respondió de forma mecánica.

Para recordar aquel primer encuentro, Takao Saito podría apelar a una forma convencional pero efectiva de comenzar un manga: dibujar un plano general, la toma exterior de un escenario para que la acción progrese con un sutil acercamiento. La mirada del lector traspasaría así el ventanal del Tokyo Anime Center para recorrer sus pasadizos, atravesando la puerta de un salón de clases hasta registrar su silueta. El *mangaka* imparte la lección en su taller y diserta en ese momento sobre el uso del plano y el contraplano en la composición de una viñeta. Habla de separar claramente

los lugares de cada personaje, de diseñar un fondo para quien habla y otro para quien responde: dos mundos, dos psicologías diferentes, cada cual en su lugar.

Desde la última fila de carpetas una muchacha levanta la mano. Él la observa y la enmarca en un plano medio. ¿Es su primera vez en clase? Duda. Reconoce a una de tantas *gaijin* agolpadas en la plaza Harajuku, demasiado pálida, demasiado infantil en su falda acampanada. ¿Será que las producen en serie?, se pregunta antes de darle la palabra con un gesto hastiado. Ella intenta decir algo, pero su acento arrastra consonantes y deforma fonemas. Nadie en el aula puede comprenderla. Los alumnos ríen, la joven se avergüenza y repliega sus hombros. Takao Saito no hace nada por detener las burlas, solo permanece observándola. Sin el maquillaje y ese vestido de muñeca, piensa, podría parecer atractiva. La imagina en ropa de baño, como parte del decorado de una película de James Bond. Sería el tipo de muchacha que inquieta al público, aunque sin compartir escenas con el agente secreto porque, lo sabe bien, en toda historia bien contada de la saga solo hay lugar para tres mujeres: la primera, seducida al inicio, siempre sacrificada; la segunda, estrechamente ligada al enemigo, la más peligrosa; y la tercera, la aliada, trofeo del héroe tras el éxito de la misión.

Suena el timbre que marca el final de la clase. Antes de ver dispersarse a sus alumnos, Takao Saito pide un ejercicio para la sesión siguiente: una historia que explore personajes cotidianos en situaciones extraordinarias, de no más de cuatro páginas, aclara. Los estudiantes se retiran tras una leve inclinación de cabeza, mientras la muchacha de la falda acampanada y la mala pronunciación espera que su maestro termine de hablar con un último tallerista cargado de preguntas para acercarse y entregarle una cajita envuelta en papel

de seda. En un principio, él se niega a aceptar el regalo, pero, como obliga la tradición, ella se inclina de manera educada y se lo ofrece con las palmas de las manos hacia arriba, antes de irse ligera, impulsando su vuelo con sus botas brillantes.

En el salón vacío, él puede mirar la etiqueta. Desde la cartulina lo saluda el dibujo coloreado de una chica *dandere*. Retira el envoltorio y encuentra un *botamochi* de primavera.

Takao Saito revisa la lista de asistencia hasta encontrar un apellido extranjero. Recoge su abrigo y su sombrero *trilby*, repasando con los dedos su ala corta y la curva elevada de la parte trasera. Luego da un mordisco a su regalo.

Antes de entrar al estacionamiento intenta recordar los nombres de chicas Bond de origen latino. Al encender su Aston Martin piensa en Bárbara Carrera, algo exagerada, algo forzada, la modelo que hizo de villana frente a Sean Connery en *Never Say Never Again*. La asocia con Centroamérica, sin recordar exactamente un país. Fátima Blush se llamaba su personaje: Bond le disparó al vientre una pluma fuente explosiva. Luego de despedirse con un ademán del vigilante antes de tomar la avenida y confluír en la vía periférica, se sobrepone en su parabrisas la silueta de Miriam Talisa Soto, la puertorriqueña que encarnó a la amante del narcotraficante que enfrenta Timothy Dalton en *007 kesareta licence*. Takao Saito recuerda que una revista la ubicó en su lista de las cincuenta mujeres más atractivas del año al rodear la muralla del Palacio Real. Acelera frente al santuario Meiji, el tráfico se hace más denso cuando alcanza el parque Yoyogi y se detiene en el semáforo. Allí, mujeres iluminadas por carteles de neón patrullan la calle protegiéndose del frío con chaquetones rellenos sobre sus vestidos ajustados. Hasta que cambie la luz, tiene tiempo de desvestirlas en su mente.

Superado el tráfico del enlace de la autopista, aparecen las barreras de concreto que ocultan su complejo habitacional. El suyo es un edificio bajo como todos los diseñados para la clase trabajadora, aunque la mayoría de departamentos son alquilados por extranjeros pobres. Sube con paso perezoso las escaleras, vencido por la inercia. Al abrir la puerta, lanza su sombrero *trilby* al perchero, revisa los mensajes registrados en la contestadora y entra a la cocina sin poner atención en los recados del señor Kazuo, su editor. Se apoya en el marco de la puerta para dar un respiro, dejando pasar un ligero dolor a la altura del pecho. Luego enciende la tetera eléctrica y, tras esperar su hervor, vierte el agua dentro de un vaso de sopa instantánea. Remueve la mezcla con una cuchara mientras se dirige al sillón frente al televisor. Se detiene a mitad de camino y vuelve sus pasos hacia el estudio. Dispersas sobre su tablero de dibujo le esperan viejas planchas para retocar. Aprovechando que el próximo verano se estrenaría la más reciente entrega de la saga Bond, la editorial había proyectado reeditar sus exitosas adaptaciones de *Dr. No: 007 wa koroshi no bango*, *Russia yori ai wo komete*, *Goldfinger* y *007 Thunderball daisakusen*, pero antes él necesitaría retocar los viejos originales y rehacer planchas perdidas. El señor Kazuo había vuelto a insistirle por *007 wa nido shinu*, la única aventura filmada por entero en el Japón, trabajo que Takao Saito siempre se negó a entregar.

Sus mangas se definen por un estilo enérgico y de alto contraste: los rasgos duros del héroe, las mujeres de trazos ondulantes, la maldad en los pequeños ojos del asesino. Revisa sus originales y piensa si le alcanzarán las fuerzas para rehacer todo el material faltante, volver sobre las mismas explosiones y sus chicas maniquí.

Viviendo entre libros, para Takao Saito su biblioteca conformaba una segunda naturaleza. En sus anaqueles no

falta ninguna primera edición de los libros de Ian Fleming, desde *Casino Royale* hasta *Octopussy*, doce novelas y dos libros de relatos que el escritor británico entregó puntualmente a sus editores, cada año, hasta su muerte. Takao Saito extrae su ejemplar en inglés de *You Only Live Twice*. En la portada, una rana se esconde bajo una flor rosa. Siempre le divirtió que el autor hubiera atribuido un haiku propio a un seguidor del poeta Bashō. Relee el epígrafe:

*You only live twice:
once when you are born,
and once when you look death in the face.*

Colocó el libro plagado de anotaciones sobre su escritorio y abrió el archivador de cedro que protegía sus originales. En la sección inferior guardaba una página de cada portafolio presentado por aprendices entrevistados por él en años de convenciones. Recuerda el apellido extranjero de la muchacha y rebusca sus iniciales entre sobres de igual formato. Al encontrarlo, coteja aquellas anodinas pruebas con el dibujo en la tarjeta del regalo que acababa de recibir. El disuelto sabor del *botamochi* vuelve a endulzarle la boca. Suena el timbre.

Al abrir la puerta, una chica *deriheru* entra a escena con un tímido saludo. Es joven, rolliza y de piel muy blanca. La había escogido de entre medio centenar de fotos del álbum de la agencia, todas ellas posando en ropa interior, y pagó algo más de lo acordado para asegurar un servicio confiable todos los jueves a la misma hora.

Como si encarnara un personaje, ella clavaba sus uñas en sus aún fibrosos bíceps antes de acercar su rostro al suyo, esperando que él deslizara sus manos de dibujante por debajo

de su blusa hasta alcanzar los tirantes del brasier, asir con los dedos los ganchos y desprenderlos. Entonces sus lenguas se encontraban sin más obstáculo que un tímido titubeo.

—¿Lo de siempre?

Takao Saito asiente. Da una maquinal palmada al culo de la muchacha y la ve dirigirse al cuarto de baño. Vuelve entonces a su estudio para devolver con cuidado los originales a sus gavetas. Apaga las luces de la sala y enciende las del dormitorio. Se quita la corbata y se desprende los gemelos de la camisa. Esperándola, piensa en su clase, en el plano y el contraplano, en separar claramente los lugares de los personajes, un fondo para quien habla y otro para quien responde, en chicas Bond latinoamericanas y *botamochis* de primavera.

La muchacha entra a la habitación. Ha tardado en su tarea de pintar por entero su cuerpo de dorado y se recuesta reluciente a su lado. Takao Saito aprecia la peluca rubia, sus dedos recorren su espalda áurea.

De pronto le golpea la certeza de que Bárbara Carrera es nicaragüense.

Quitándose los zapatos, antes de entrar al departamento, Michiko repasa cuántas veces ha cambiado de domicilio hasta entonces, tantos intentos por empezar de nuevo. El penúltimo tenía las puertas resquebrajadas, los muros mudando de piel, los zócalos sin adhesivo. Allí, en cambio, las paredes lucen recién pintadas, el piso no cruje y la alfombra nueva ablanda sus pasos.

Su *roomie* la escucha llegar y la saluda con un lamento desde su habitación. Hacía semanas que le habían retirado los vendajes del rostro, pero aún afirmaba tener algo flojo dentro de la nariz. El cirujano le había convencido de la

necesidad de someterse a una rinoplastia, aunque llegó a su consultorio solo para consultar por un retoque de labios. No sabía por qué aceptó tan rápido, quizás porque sobre su escritorio el médico tenía la foto de su familia, todos luciendo ojos occidentales, y aquel detalle le convenció. Habiéndole citado temprano, el doctor llegó ya entrada la mañana. Se disculpó rápidamente, diciendo que venía de otra operación y abrió su maleta repleta de instrumentos quirúrgicos envueltos en un esparadrapo. Aunque le pusieron anestesia, alcanzó a escuchar en el quirófano música anticuada de una radio mientras le introducían algo por la nariz. Luego no recuerda más.

—¿Qué tal tu primer día de clases? —le pregunta.

—Creo que no me reconoció —responde Michiko.

Se dirige al fondo del pasillo para llevarle los calmantes a la cama, como hacía siempre que le escuchaba quejarse. El médico le había explicado que el dolor era normal y que la inflamación desaparecería en unos días.

—¿Puedes hacerme las cejas? —le pide.

Michiko se acerca y envuelve su rostro con sus manos antes de delinear el arco que resume su expresión. Con un diminuto cepillo las dirige hacia arriba y con la tijerita corta el exceso superior, cuidando de no tocar la raíz. Solo despeja el arco para dejar más espacio al maquillaje, logrando una línea recta, limpia y elegante.

—Tengo miedo de verme mal —se queja.

Dicen que, cuando se pierde alguno de los sentidos, los demás se agudizan. En el caso de Michiko, lidiar con otro idioma la hacía moverse con una desafilada percepción del espacio. Es algo que suele pasarle a los *gaijin*: encontrar un eco familiar en las voces que escucha a lo lejos podía convertir a cualquier extraño en un posible conocido. En varias

ocasiones, ella se había acercado a alguien con el ademán de quien ofrece un abrazo para luego quedarse pasmada, sintiéndose una tonta que desperdicia sonrisas.

Una de esas equivocaciones la había llevado hasta allí.

Fue en una visita al Museo de Bellas Artes. Michiko había confundido a su actual *roomie* con una amiga improbable en medio de un grupo de chicas vestidas de princesas, enfrascadas todas en hacer bocetos frente al *Retrato de una dama vestida de moda*, pintado en 1810 por François Henri Mulard. Tanto la joven del cuadro como su público llevaban faldas acampanadas y enaguas, blusas de blondas y medias por encima de las rodillas. Michiko se sentó a su lado y abrió su propio cuaderno, con el entusiasmo de sentirse una más. Al finalizar su primer esbozo, la felicitó por el parecido. Su inglés era difícil de seguir, pero lo intentaba. Olía a mandarinas.

Se ganaba la vida participando en concursos de *cosplay*, lanzamientos editoriales y sesiones de firmas. Después que la invitara a vivir a su departamento para compartir gastos y practicar el idioma, Michiko empezó a probarse sus vestidos, aunque la mayoría de ellos dejaran visibles sus cicatrices. Su *roomie* tenía la habilidad para transformarse con algo de polvos, un cambio de peinado y una pose estudiada. Podía ser una criada en los cálidos interiores de una mansión inglesa, un hada de rostro dulce escondida al fondo de un jardín o un ángel del bosque listo para conceder deseos.

—Dime, ¿se me ve el pelo? —preguntaba tocándose las puntas.

—No.

—¿Estás segura? Odio cuando se afloja la peluca.

El último evento al que asistieron se realizó en un centro comercial de Harajuku. Esa tarde se promocionaba el

primer volumen del manga de Sui Ishida, *¿Quién mató a Junko Furuta?*, y para el lanzamiento, al clásico uniforme marineru su *roomie* había añadido plataformas y un corsé de vinilo para interpretar a la protagonista de la serie mientras repartía ejemplares de cortesía. Les sonreía a todos aceptando dócilmente tomarse fotos con el público, pero evitaba que le tocaran el rostro: no quería afectar los moretones de maquillaje que había logrado con una capa leve de tonos mates, y para el efecto de ojos hundidos, sombras y lápiz negro alrededor de los párpados. Nada dramático, no quería parecer un zombi.

Se especulaba que Ashida abandonaría el manga para dedicarse a su nueva tienda de ropa para adolescentes. Sin embargo, los editores y el propio *mangaka* no solo habían prometido una nueva serie, sino que un estudio de anime confirmó la primera temporada de su adaptación para el año siguiente. Una ronda de preguntas se inició y jóvenes lectoras levantaron las manos ordenadamente, como en un salón de clases. Le preguntaron por su intención al dibujar la historia de Junko Furuta, y el *mangaka* afirmó que, pese al dolor, lo que quiso fue rescatar la belleza de la víctima, las heridas frescas de una muñeca a punto de romperse. En la primera fila del auditorio, algunos miembros de la familia Furuta aprobaban con una inclinación de cabeza. Manifestaron sentirse satisfechos por el trabajo del artista y que los ingresos que compartirían con la editorial por las ventas del manga serían destinados a una fundación dedicada a combatir la violencia contra las adolescentes al interior de las escuelas. El público aplaudía y el dibujante agradecía con suaves gestos.

—Historias como esta nunca deben repetirse —afirmó Ashida con delicado énfasis.

Terminada la presentación se reunieron en el patio de comidas. Su *roomie* no toleraba todo ese maquillaje en la cara, quería arrojar su peluca rosa, no soportaba los pies. Habían ordenado unas hamburguesas cuando una muchacha les interrumpió para pedirle posar junto a Junko Furuta en una fotografía. Michiko se ofreció para sostener su cámara, y pronto otros empezaron a llegar para pedir lo mismo. Ninguno sabe su nombre, todos le llaman por el de Junko Furuta. Ella encuadraba la imagen y disparaba sobre gente emocionada por atesorar un recuerdo con la estrella de cabello rosa que responde con una sonrisa a cada petición. Por fin, tan rápido como llegaron, los admiradores desaparecieron y Michiko pudo volver su atención a las páginas del ejemplar, sin entenderlo.

—¿No sabes quién fue Junko Furuta? —preguntó su *roomie*, cuidando que nadie se percatara de que se rascaba bajo la peluca.

—¿Tengo que saberlo?

Alargando las palabras para que Michiko comprendiera la idea, le explicó que Furuta había sido una estudiante de bachillerato de la ciudad de Fukuoka. Sus compañeros de clase Miyano Hiroshi, Jo Kamisaku, Minato Nobuharu y Watanabe Yasushi la raptaron y la escondieron en casa de Nobuharu. Según declararon los jóvenes en el juicio abierto al hallarse los restos de la muchacha, Sanyo obligó a Furuta a llamar a su familia y fingir que había huido de casa, Nobuharu la hizo pasar como su novia cuando sus padres los veían juntos y Yasushi la amenazó con matarla si intentaba escapar. Pero fue Kamisaku, como todos habían confesado, el primero en violarla.

—¿Conoces la canción?

—¿Canción?

—De Mr. Kitty, «44 Days».

Le hizo un gesto para que le tuviera paciencia mientras terminaba de masticar el último bocado de su hamburguesa. Hizo una prueba de voz antes de confundir el patio de comidas con un escenario: *44 days I have been held here. I will never see the light of day. Please save me from reckless, violent hearts. Bodies rest in graves of cold concrete. They woke me up. Pain in my gut. With several cuts. These boys are mindless demons.*

—Es el tiempo que la tuvieron secuestrada —añadió.

—Eso es imposible —respondió.

—Eso cuentan...

Michiko observaba la imagen de la portada del primer número. En ella, la muchacha de cabello rosa y moretones sobre la boca aparecía encerrada en un congelador. En la contratapa se la retrataba colgada del techo, lista para ser usada como saco de boxeo. Como una encantadora *tsundere*, su *roomie* le explicaba gráficamente la parte de la historia en que los estudiantes la sometían de diferentes maneras, describiendo cada cuerpo extraño introducido, paladeando cada porción de bichos que le hicieron tragar.

—¿Quién puede dibujar esto? —comentó.

—¿Pasa algo? ¿No te gusta?

Michiko observa las viñetas que grafican las torturas, la forma en que Junko Furuta muere por el golpe de una pesa de hierro en la cabeza. Para desaparecer su cuerpo, sus compañeros de clase la rocían con gasolina antes de prenderle fuego, y luego sumergen los restos en un barril con cemento hasta el borde.

—¿Vas a terminar tu hamburguesa? —preguntó su *roomie*.

Habían pasado semanas desde aquel lanzamiento y ahora Michiko prepara la comida. Observa cómo su *roomie*

camina despacio para alcanzar la mesa, se sienta en la cabecera y prueba su dieta blanda. Le dice que ha llamado a su tía para pedirle dinero, pues había perdido varios contratos a causa de la convalecencia. Michiko solo pensaba en el encuentro con su profesor.

—¿Qué sucede cuando se le ofrece a alguien un regalo inesperado? —pregunta.

—Lo obligas a devolverte algo del mismo valor —responde su *roomie*.

—Temo haberlo presionado.

—Aquí nada es gratis. Menos los obsequios —añadió sorbiendo su sopa.

Las conversaciones en inglés con su *roomie* son sus mejores lecciones para habitar una tierra extraña. Hace unos meses, el primer golpe con la realidad había llegado en la forma de un ciclista, poco después de dejar las maletas en el albergue. Michiko cruzó la avenida atenta por si venía un auto por la izquierda, y tras el chirrido aéreo de un frenazo escuchó el primer insulto a centímetros de sus oídos. *Temee*. Palabra aguda, formulada como un grito de dos golpes, para definir a quien olvidara que allí el sentido del tráfico funcionaba al revés que en el resto del mundo. *Temee*. Seguramente sus compañeros murmuraron lo mismo en el taller de Takao Saito.

—No te preocupes. Lo bueno es que llamaste su atención —le animó.

Después de comer, ayudó a su *roomie* a quitarse la ropa para meterse a la cama y luego colocó algunas almohadas contra su espalda para que durmiera con comodidad. Le deseó buenas noches y apagó a luz.

Michiko cierra la puerta corrediza de su habitación y se siente libre para brincar sobre la alfombra de *tatami*,

comprobando que nada cruje debajo. Mira las paredes limpias, la mesilla cerca del suelo, el biombo de bambú que oculta sus maletas. Mantenerlas escondidas le permite olvidar su estado en tránsito.

Saca la cabeza por la ventana y aprecia el barrio tranquilo como una postal nocturna. Tan lejos del escape libre de las motocicletas, del ladrido de los perros y el tam-tam permanente de su ciudad. Allá en Lima todo olía a polvo, allí percibía el perfume de la tierra húmeda. Pasa su mano por las cicatrices de su brazo para recordar de dónde viene, esa ciudad donde había sentido que la golpeaban como a Junko Furuta sus compañeros.

Cuando Michiko hunde la mejilla en la almohada, piensa que, aunque no entienda la mayoría de las palabras que escucha, tiene suerte de estar allí.